



BOLETIN NICARAGUENSE

DE

BIBLIOGRAFIA Y DOCUMENTACION

35-36

BIBLIOTECA

BANCO CENTRAL DE NICARAGUA

MAYO-AGOSTO, 1980

BOLETIN NICARAGUENSE DE BIBLIOGRAFIA Y DOCUMENTACION

Organo Oficial
de la
Biblioteca del Banco Central de Nicaragua
Mayo-Agosto, 1980
Managua, D.N., Nicaragua.

INDICE

LA ARQUEOLOGIA EN NICARAGUA: <i>Jorge Eduardo Arellano</i>	1
ANTIGUEDADES NICARAGUENSES: <i>Charles C. Nutting (Trad. de Jaime Incer)</i>	4
HACHAS MONOLITICAS DE NICARAGUA: <i>Marshall H. Saville (Trad. de J.E.A.)</i>	13
EL PADRE ANDRES RONGIER Y SUS EXPLORACIONES ARQUEOLOGICAS: <i>Jorge Eduardo Arellano</i>	15
HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN NICARAGUA: <i>Felipe Pardinás (Notas de J.E.A.)</i>	17
SARCOFAGOS Y URNAS DEL MUSEO NACIONAL DE NICARAGUA: <i>Crisanta Chávez</i>	42
NICARAGUA ARQUEOLOGICA: <i>Doris Stone</i>	44
EL ARTE MONUMENTAL DE CHONTALES: <i>Guillermo R. Zelaya-Hidalgo (Trad. de O.C.D.)</i>	47
LA SECUENCIA CERAMICA DE LA COSTA ATLANTICA: <i>Richard Magnus (trad. de R.A.S.)</i>	52
NOTAS ARQUEOLOGICAS DEL NOROESTE DE NICARAGUA: <i>Jorge Jenkins</i>	62
LA COSTA ATLANTICA DE NICARAGUA: <i>Richard Magnus</i>	68
EXCAVACIONES DE RESCATE EN CHINANDEGA: <i>Silvia Montealegre</i>	74
EL PALEOLITICO EN NICARAGUA <i>Jorge Eduardo Arellano</i>	116
ARQUEOLOGIA DE LA COSTA ATLANTICA DE NICARAGUA <i>Gregorio Smutco</i>	120
LA SITUACION ANTROPOLOGICA Y ARQUEOLOGICA DE NICARAGUA EN LOS ULTIMOS AÑOS: <i>Jorge Eduardo Arellano</i>	127

CONSEJO EDITORIAL

Renée María Meyer
Director Biblioteca

René Rodríguez Masís
Subdirector

Jorge Eduardo Arellano
Editor

*

Se permite la reproducción parcial o total, siempre que se cite la fuente.

*

Se aceptan colaboraciones, quedando a criterio del director su selección. No se devuelven originales.

*

Distribución Gratuita
Se solicita canje.

*

Dirección:

Director Biblioteca
Banco Central
Apartado 2252
Managua, Nicaragua
Tel. 26016 - Ext. 380

SARCOFAGOS Y URNAS DEL MUSEO NACIONAL DE NICARAGUA

Por Crisanta Chávez

Numerosas personas que visitan el Museo Nacional preguntan, intrigadas, cómo hacían los antiguos aborígenes para colocar en los sarcófagos, u ollas de barro, los cadáveres de sus deudos. Preguntan si tendrían que mutilarlos para hacerlos caber en estos recipientes que nunca alcanzan un metro de largo ni medio metro de altura.

Los antiguos, que tenían veneración profunda por sus muertos, que no conocían las herramientas, y por lo tanto no sabían hacer cajas mortuorias, los enterraban en la propia tierra, hasta que los huesos, ya limpios, eran trasladados a estos sarcófagos de barro, y acompañaban a los restos humanos maíz tostado, ollitas con agua o chicha y alguno de sus objetos de uso personal.

Hay sarcófagos de diferentes formas. Unos son grandes ollas alargadas con adornos en la parte delantera, consistentes en dibujos en relieve, los cuales casi siempre representan figuras humanas. Este tipo de urna funeraria, según han observado los excavadores, era destinado a restos de hombres, en razón de que los objetos encerrados en ellas son, unas veces, saetas, y otras lanzas de sílice, hachitas de piedra o cuchillos de obsidiana, todos objetos de varón.

Hay urnas redondas y de tamaño mediano destinadas a guardar restos de mujer, en razón de los collares de barro, malacates para hilar, pequeños trípodes, o molcajetes, que se encuentran en ellas al extraerlas de la tierra.

Otras urnas ostentan cabezas de animales, a modo de asas, que representan tortugas o culebras. Se estima que sirven para conservar los restos de los niños, tal vez hijos de caciques.

A continuación se describen los mejores ejemplares de la colección arqueológica del Museo Nacional de Nicaragua.

No. 778.—Procede de los ángeles, Moyogalpa, y al encontrarse contenía

restos infantiles. La urna es hermosa y pulida. En el borde ostenta 8 triángulos caprichosamente labrados en relieve y 2 caras de murciélago. El cuerpo de la olla tiene 2 cabezas de tortuga en alto relieve, las cuales miran hacia arriba y tienen muchos agujeros y protuberancias. Debajo de cada cabeza se juntan, por los vértices, 2 grandes triángulos que a su vez encierran otros más pequeños, adornados todos con pelotitas de barro. El terreno donde, a más de media vara de profundidad, fué hallado este ejemplar, era arcilloso; la olla o sarcófago, sin embargo, estaba rodeado de arenón, en un sitio elevado, prominente. Mide 36 centímetros de altura.

No. 804.—Hermoso ejemplar. Urna funeraria infantil, pulida y de color rojo. Ostenta en alto relieve 2 cabezas de animal, semejantes a un reptil, de nariz protuberante y labios gruesos, que muestran los dientes. El amplio borde de la urna es levantado y hacia fuera. Posee una base redondeada y el cuerpo está provisto de varios adornos en forma de cordoncillos elaborados en el mismo barro, en relieve, y una faja más estrecha al llegar a la base, la cual faja está dividida por once cordoncillos verticales. Quebrada y restaurada, le faltan algunos pedazos. Procede de Ometepe. Altura 37 centímetros.

No. 783.—Único de su especie en la colección, es de forma elegante y está decorado con grecas grabadas que se destacan en un fondo blanco que adorna gran parte del cuello. Fué encontrado en una zanja de la pavimentación de Managua y lo obsequió al museo don Juan Ramón Avilés, Director del diario "La Noticia".

Hay también enormes ollas redondas o puntiagudas en las bases, como el No. 802. Este tiene pintada en rojo la impresión de unas manos, que aparecen igualmente en el No. 796. Don David Sequeira asegura que esta urna contenía restos de sacerdote,

por cuanto encontró en ellas incensarios, idolillos y otros objetos de culto religioso.

No. 791—Constituye una urna funeraria, de Ometepe, de 20 centímetros de altura. Contenía restos humanos. Ostenta en su parte delantera una figura que representa la muerte, tal como aparece representada en algunos ejemplares análogos del Japón, según dice don David Sequeira, donante. La figura en cuestión es humana y está provista de brazos descomunales y enormes uñas arqueadas.

Numerosas y pequeñas urnas cinerarias se encuentran en la colección del museo y todas adoptan esa forma peculiar que las hace semejar a un calzado sueco. Mientras algunas son toscas, otras se hallan ligeramente pulidas. Se utilizaban, según dicen, para guardar las cenizas de entrañas humanas, tales como el corazón y el hígado. Quizás a esto se deba que su forma afecta la misma del estómag^o.

No 325—Mide 23 centímetros de altura. Afecta la forma de un zapato alto, rollizo arriba y abajo prolongado por un solo lado que termina en una punta redonda; de frente, en la parte rolliza, ostenta en relieve una cara de facciones muy alteradas, cuya boca, abierta, enseña los dientes; los brazos tienen las manos recogidas. Carece de dibujos, pero está bien pulida en su color oscuro intenso. Es uno de los ejemplares más interesantes de la colección, a pesar de que, reconstruida, le falta una de las patas en la parte delantera. En los ejemplares de este género del Museo Nacional hay vasos mixtecos con dibujos de la serpiente emplumada, bellos y vivamente coloreados, tales como los Nos. 63, 64 y 65.

No. 55.—Tiene una cabeza de víbora, en relieve, de enormes colmillos.

Un saurio aparece esculpido en el No. 57, en tanto que el No. 59 se conserva muy bien coloreado en rojo, negro y blanco.

Todos los vasos de tipo azteca lucen bellas grecas, la mayor parte escalonadas, en colores muy bien logrados.

Los Nos. 60 y 66, es interesante observar, proceden de un lugar de Rivas llamado Tortugas y exhiben, precisamente, cabezas de tortuga. Estas vasijas son abundantes en esta zona de Rivas y pertenecen a la llamada cerámica Nicoyana. Todos estos

ejemplares tienen además en el borde, cerca de la boca, la figura de un animal semejante a un tigre agazapado que se repite muchas veces para formar grecas.

Los Nos. 52 y 54, cuyos colores están borrados casi por completo y cuyo esmalte se encuentra destruido, proceden de Santa Teresa, Departamento de Carazo. El deterioro se debe al terreno arcilloso en que permanecieron enterrados. En cambio, los ejemplares enterrados en terreno arenoso, rico en sílice, conservan mejor el colorido. A veces también influye en esto la precaución de los aborígenes de rodear las vasijas de arena fina antes de darles sepultura.

Con procedencia de Moyogalpa, el No. 67 constituye un vaso o ánfora trípode de 24 centímetros de alto, de forma globosa, disminuida hacia la boca, en uno de cuyos lados aparece en alto relieve una hermosa cabeza humana adornada con pequeños cuernos y provista de orejas grandes perforadas, como para colocarles pendientes. Los brazos sobresalen de la vasija. La barbilla descansa en las manos, dándole de esta suerte la apariencia de una pequeña esfinge. Las piernas, que sólo aparecen figuradas en la vasija, están apoyadas en las dos patas delanteras del trípode. En la parte de atrás, cerca del nacimiento de la nuca, la tercera pata tiene figurada una cola que se levanta hacia arriba y está ligeramente enrollada en la punta, poco antes del borde del vaso.

Pertenecen a la cerámica azteca los Nos. 54, 55, 57, 59, 63 y 65, ligeramente descritos arriba.

A la cerámica Nicoyana pertenecen los Nos. 58, 60, 62, 66, 484 y 142, o sea cultura chorotega.

El No. 62 muestra dibujos semejantes a la doble curva que el Dr. Jenness, de Ottawa, Canadá, describe en su libro "Motivos de la Doble Curva".

Tenemos, en fin, el No. 925, de 19 centímetros de altura, que procede de Managua. Llama la atención porque su base, como la de una copa, es reducida y viene ampliándose más y más hacia la mitad del cuerpo, para luego reducirse otra vez gradualmente hasta la boca, en cuyo borde lleva grabada una greca. De color negro, este ejemplar es bien pulido.

(Tomado de Publicaciones, Managua, Núm. 4, septiembre, 1944, pp. 5-9)